



“La autobiografía de Ignacio de Loyola me ha llevado a viejos papeles anotados”

JOSEP MARIA MARGENAT

SOCIEDAD

# El llanto del peregrino

El archivero encontró un legajo de papeles durante el largo confinamiento de una guerra incivil. Siglo y medio antes los había anotado y anudado un ilustre paleógrafo saba-dellense. Las notas estaban escritas en castellano unas, otras –la mayoría– en catalán, con glosas abundantes en latín; varias manos habían intervenido. Estudiante en Cervera a caballo de dos siglos y esposado con la *pubilla* de aquella casa, el paleógrafo, Josep se llamaba, tuvo tiempo para ordenar muchos papeles. Damos cuenta de ello unificando todas las lenguas y grafías en una sola.

Recordaban los papeles que una vez apareció un peregrino que contaba una historia. Podía ser de noble linaje por sus maneras, sus uñas y sus manos de escribano. Dijeron luego que había sido muy curioso en cuidar su cabello y que él lo tenía bueno. Nunca supieron su nombre, parecía castellano, un poco rudo en su hablar. No supieron más. Más tarde, está anotado, en la ciudad cercana a uno como aquel llamaban hombre santo o también hombre del saco. Aún después se dijo en el monasterio de la montaña que por allí pasó un loco por Cristo. Desde allí bajó un día de la Encarnación de nuestro Señor y se paró en la casa del ollero pidiendo algo para comer. Quería llegarse a la ciudad, próxima ya. Contó de su vida, aunque era muy reservado sobre todo lo suyo. Más tarde, en la galería que mira a la montaña contó algo más, reciente. Cuando comenzó a bajar, después de pasar por una masía y

cuando iba a cruzar la riera, llevaría una hora más o menos después de amaneciendo, le alcanzó un hombre que le seguía con mucha prisa en pos de él. El alguacil, si lo era, le preguntó si era verdad que había dado sus vestidos a un pobre que afirmaba tal. Él reconoció que sí, que se los había dado lo más secretamente que pudo, para poder vestirse su deseado vestido de tela no muy tejida y con púas y así hincarse de rodillas delante de la imagen de nuestra Señora, de su Señora, ante quien vestir las armas y la librea de nuestro Señor. Contó luego



que pasó por una ermita que podía ser la de santa Margarita, o quizá la de san Cristóbal –no hay más nombres propios en todo el relato– y que allí se le saltaron las lágrimas de los ojos por compasión del pobre a quien había dado los vestidos, de compasión porque entendió que vejaban al pobre, pensando que los había hurtado. Fue la primera vez que este peregrino lloró fuera de casa. Aunque él pretendía huir de toda estimación, las gentes enseguida dijeron su fama, tanto lo de

los vestidos, como si había tenido y dejado tanta renta, él que ahora pedía limosna cada día y ni comía carne ni bebía vino.

Ese peregrino se dio cuenta de que no podía hacer ni conseguir todo lo que quería, pues había un deseo más esencial en que debía ahondar. El peregrino tardó en encontrar sentido a todo aquello. Nunca más supieron de él en aquella casa, salvo alguna de las veces que subió de la ciudad a la montaña. Su llanto le hizo caer en la cuenta de que el deseo hondo ha de ser purificado por rieras y cañadas oscuras, por bosques densos y páramos austeros, por heridas incomprensibles. Sólo al final se escucha la sinfonía de tantos acordes sueltos, confusiones, incertidumbres, sinsentidos. Acabada la peregrinación todo cobra luz. Como escribió Carles Cardó: “recuerdo que fue una refrescante noche veraniega, plagada de inextinguibles estrellas, la que me sugirió este gran tema de la noche iluminadora, tan poético como ascético. La noche no es la oscuridad (...). Al retirarse la cortina de la luz solar, (...) la realidad recula hasta medio dejar de ser para provocar en el hombre de vida interior aquella gran presencia de sí mismo que sólo la soledad concede (...). La noche nos libera de esta ilusión de la luz inmediata y nos hace ver luces rotas que solo, como un hilillo mil veces filtrado y cernido, llegan a nuestros ojos, frías en el contacto corporal, pero ardientes en la sugestión espiritual que provocan. Nos hace falta la noche para ver el cielo”. La lectura de *Exode i èxtasi en Ignasi de Loiola. Una aproximació a la seva “Autobiografia”*, de Javier Melloni (Fragmenta, 2020), en otro confinamiento, éste sí sólo civil, me ha hecho pensar en aquellos viejos papeles anotados y desanudados. ▀

JOSEP MARIA MARGENAT

PROFESOR DE FILOSOFÍA SOCIAL,  
UNIVERSIDAD LOYOLA ANDALUCÍA